



• TATE DÍEZ • RESPONSABLE DE EXPOSICIONES DEL DA2

La belleza de lo efímero

Enérgico, polifacético, nómada y experimentador constante, así podemos referirnos a la figura de Miquel Barceló, sin duda, uno de los artistas contemporáneos españoles de mayor trayectoria y prestigio internacional. No son muchos los creadores nacionales que han conseguido tal cantidad de reconocimiento y desde épocas tan tempranas, tanto dentro como fuera del país. Con solo veinticinco años participó en la documenta 7 de Kassel (1982), una de las exposiciones con más relevancia en el mundo del arte contemporáneo, apenas unos años después recibió el Premio Nacional de Artes Plásticas (1986) y en diez años ya le dedicaban una gran retrospectiva en el Pompidou de París (1996). Además de trabajar con galerías de gran relevancia en Nueva York o Suiza, en el 2003 recibe el Premio Príncipe de Asturias de las Artes y en el 2009 representó a España en la Bienal de Venecia.

Fue en su tierra natal, Mallorca, donde comienza a experimentar con el arte. Las temáticas de sus primeros trabajos perduran durante toda su carrera. El Mediterráneo, la luz, los elementos orgánicos, las grutas, la naturaleza y más adelante, África, concretamente Mali, donde pasa gran parte de su tiempo, son sus referentes más importantes. Muy joven, en un viaje a París descubrió la abstracción surrealista de Paul Klee o el informalismo embrutecido de Dubuffet, pero también se deja influir por el expresionismo abstracto norteamericano, el arte conceptual o el trabajo de Miró y de los clásicos, hasta que traza su propia línea que podemos denominar neoexpresionista: pintura en grandes formatos, matérica, gestual, que navega sin complejos entre la abstracción y la figuración, abarcando un amplio abanico de técnicas; escultura, performances (como las presentadas en el Festival de Avignon

y en Salamanca), dibujo y grabado, además de colaborar en escenografías de óperas, libros de artista, películas, etc.

Si bien es cierto que a lo largo de los años no he llegado a sentir una especial atracción por la obra de Miquel Barceló, asistí expectante y disfruté de la performance que realizó en el patio del Colegio Arzobispo Fonseca. Los trazos sobre el lienzo blanco al ritmo de la música hacían recordar a los grandes maestros expresionistas, se desplazaba con rapidez a lo largo de la tela y realizó, en pocos minutos, una obra cargada de expresividad y ritmo. Barceló y el resto del público contemplábamos y disfrutábamos de la desaparición de la tinta sobre el gran lienzo, de la belleza de lo efímero. En el resto de la exposición "El Arca de Noé" podemos encontrar las constantes que definen su carrera. En las naturalezas muertas color, pasión, vida y la belleza de la descomposición.

En las cerámicas, la arcilla y los elementos orgánicos toman vida, se retuercen y doblan con formas imposibles. En las obras de gran formato colocadas en diferentes espacios públicos de la ciudad, como "Le gran écouter" en el patio del Colegio de Anaya, hallamos referencias claras a los maestros que han influenciado su carrera.

Espero, en definitiva, que los trabajos que se muestran en Salamanca tengan la capacidad de sorprender al público como me han sorprendido a mí. Y más allá de titulares y de la expectación mediática que rodean a este artista, que se disfrute del trabajo de esta etapa de madurez de Miquel Barceló que podemos encontrar paseando por nuestras calles hasta el mes de octubre, antes de que se convierta en algo efímero, pasajero, pero que seguro formará parte en nuestra memoria de otro de los grandes artistas que han dejado su huella en la ciudad.